

DOMINGO DÉCIMO DESPUES

DE PENTECOSTES.

El evangelio de este dia consiste todo en una parábola que Jesucristo propuso á algunos que, teniéndose á sí mismos en opinion de santos, miraban á los demás con desprecio. Para su aviso y desengaño supuso el Salvador, que dos hombres habian subido á orar en el templo de Jerusalem, de los cuales el uno era fariseo, esto es, individuo de una secta que hacia alarde de gran virtud; y el otro era publicano, es decir, miembro de otra secta que se componia de lo mas desmoralizado que habia entre los judíos, por manera que decir publicano, era lo mismo que decir hombre pecador, estafalario y perdido. Estos dos hombres, pues, subieron á un mismo tiempo al templo de Jerusalem para hacer oracion: el fariseo, puesto en pié cerca del Sancta Sanctorum, y lleno de presuncion y orgullo, oró en esta forma: Os doy gracias, Señor, porque yo no soy ni ladrón, ni injusto, ni adúltero, como lo son los demás hombres, particularmente aquel miserable publicano que está allá bajo junto á la puerta del templo haciendo oracion. Yo ayuno dos veces la semana, y pago diezmo de todo lo que poseo. El publicano, puesto de hinojos, con grande humildad rogó de este modo: Dios mio, tened compasion de este gran pecador. El resultado de estas dos oraciones fue muy diverso, porque el publicano se levantó justificado, esto es, perdonado de todas sus culpas; y el fariseo se volvió á casa con todos los delitos que

habia venido: porque, así como Dios exalta á los humildes, abate á los orgullosos y soberbios.

Aunque el objeto principal de esta parábola es desarraigar de nuestro corazon el vicio de la soberbia, y cimentar en él la virtud de la humildad; sin embargo, sin hacer violencia al texto, se pueden componer sobre ella tres asuntos muy diferentes, cuales son: la murmuracion, el modo de confesar los pecados, y los respetos humanos.

Si se quiere hablar de la murmuracion, se tomará el texto: Deus gratias ago tibi, quia non sum sicut cæteri hominum: raptores, injusti, adulteri; y se discurrirá así:

«Un fariseo, dice el evangelio de hoy, subió al templo de Jerusalem para hacer oracion, y puesto en él de pié, se puso á rogar de este modo: Os doy gracias, Señor, porque yo no soy como los demás hombres, ladrones, injustos y adúlteros. Yo ayuno dos veces cada semana, yo pago diezmo de todo cuanto poseo, yo... ¡Calla! desvergonzado, que bastante has insultado ya á Dios y á los hombres. ¿Ese es modo de orar? ¿Así se habla á Dios? Gracias, Señor, que no soy como los demás hombres. ¿Cabe expresion mas atrevida y orgullosa? Los demás hombres todos son ladrones, injustos y adúlteros. ¿Puede haber calumnia mas atroz? Yo ayuno dos veces la semana. ¿Es posible jactancia mas vil y mas baja? ¡Malvado! ¿de qué sirve que ayunes dos veces cada semana, si al mismo tiempo despedazas la fama de tu prójimo? ¿Qué te aprovecha abstenerte de la carne de animales, si al propio tiempo comes carne humana? ¿si con tu pestilente boca laceras la reputacion de tus hermanos? Gloriate y envanécete cuanto quieras de tus ayunos hipócritas y fingidos, que ellos no te ahorrarán el castigo que Dios tiene señalado á los detractores. Impio entraste en el templo, é impio saldrás de él; porque que tu oracion se te imputa á pecado. Cristianos míos: no ol-

«vidar á este infeliz. Si, como él, quereis hacer brillar vuestras buenas obras á costa de la reputacion ajena, como él, «seréis condenados de Dios. Orad, ayunad, haced todo el bien «que querais : si con el ayuno, la oracion y demás obras buenas juntais la murmuracion, tendréis la paga que tuvo el fariseo, la del infierno. Esto no se os hará difícil de creer, si «haceis reflexion á que la murmuracion es un pecado sumamente grave, porque perjudica al prójimo en lo mas precioso «que tiene en el orden natural, y le causa perjuicios que muy «dificilmente pueden repararse. Estadme atentos, y os venceréis.»—Ahora sigue la plática que comienza en la página 255 del tomo 2.º del Catequista orador.

Para predicar de la confesion se tomará el texto : *Publicanus à longè stans, nolebat nec oculos ad cœlum levare : sed percutiebat pectus suum, dicens : Deus, propitius esto mihi peccatori*, y se dirá : «Un publicano, dice el evangelio de hoy, «es decir, un gran pecador, entró en el templo de Jerusalem «para orar : y entró tan avergonzado y compungido de sus culpas, que no se atrevió á meterse algunos pasos dentro la gran nave, sino que se quedó junto á la puerta, temiéndose por indigno de pasar mas adelante. Allá, puesto de rodillas, sin «atreverse siquiera á levantar los ojos hácia el altar, y dándose «fuertes golpes al pecho, dirigió á Dios esta humilde y sencilla «oracion : Dios mio, apiadaos de este miserable pecador. ¿Lo «creeréis, cristianos? Agradó tanto al Señor aquella humilde «é ingénua confesion, que al punto le perdonó todos sus pecados, y le envió justificado á su casa. Entonces, fieles, para «obtener la remision de los pecados, bastaba confesarlos á solo «Dios ; pero hoy es otra cosa. Despues que Jesucristo ha instituido el sacramento de la Penitencia, no basta decir simplemente á Dios que se ha pecado, como bastó al publicano del «evangelio ; sino que es necesario declarar los pecados al sacer-

«dote ; y tan necesario, que sin esto, pudiendo hacerlo, es imposible alcanzar de ellos el perdon. Lloradlos, detestadlos, «haced de ellos cuanta penitencia querais : si, pudiendo, no los «confesais, todo habrá sido inútil. Pero no consiste la cosa en «confesarse simplemente, sino en confesarse segun las reglas de «una buena confesion. Y si deseais saber cuáles son estas, estadme atentos, que vengo á explicarlo con precision y claridad.»—Aquí entra la plática que se halla en el tomo 1.º del Catequista orador, pág. 351.

Véase ahora el siguiente discurso sobre los

Respetos humanos.

Publicanus à longè stans... percutiebat pectus suum, dicens : Deus, propitius esto mihi peccatori. (Luc. xviii, 13).

Un fariseo y un publicano subieron al templo de Jerusalem para orar : y mientras el primero fué á colocarse junto al altar y enfrente del mismo *Sancta Sanctorum*, sin dignarse solamente doblar la rodilla ante la majestad de Dios que tenia delante ; el otro se quedó en la puerta del templo, y allá postrado en tierra, y sin temer las críticas y censuras de los demás concurrentes, se daba golpes al pecho, diciendo en altas voces : Señor, tened piedad de este infeliz pecador : *Publicanus autem à longè stans, ... percutiebat pectus suum, dicens : Deus, propitius esto mihi peccatori.*

¿Cuál de vosotros, cristianos míos, tendria valor para hacer el acto público de humildad que hizo aquel publicano? Si se os dijese, que en un dia solemne y de gran concurso os habiais de detener á la entrada de este templo, y que postrados allá, y sin levantar la vista, os habiais de herir el pecho,

diciendo á voz en grito : Dios mio, tened piedad de mí, infeliz pecador, ¿ no es verdad que responderíais, que no teneis bastante virtud para sufrir las burlas y sátiras que este acto de humildad os acarrearía? Cierto que lo responderíais, puesto que el respeto humano os tiene tan acobardados, que muchísimas veces os impide practicar otros actos de religion incomparablemente menos humillantes que el que supongo. ¿ Cuántos no frecuentais los Sacramentos por temor de lo que diria el mundo? ¿ cuántos no osais venir á ciertas funciones religiosas, ni practicar públicamente ciertos actos de piedad, porque temeis que os llamen fanáticos ó devotos?

Yo sé, fieles, que el mundo libertino tiene guerra declarada á la virtud, y que, si bien ahora no la persigue con armas, como en otro tiempo, la persigue con burlas, sátiras y desprecios, que es un género de persecucion todavía mas peligroso; pero sé tambien que el buen cristiano, muy léjos de rendirse en esta persecucion injusta y atroz, debe cobrar mas ánimo para cumplir con mayor fidelidad los deberes de nuestra santa Religion. ¿ Por qué? Por tres razones que van á ser toda la materia de la presente instruccion : 1.^a porque esta persecucion es muy honrosa : 2.^a porque es muy meritoria : 3.^a porque es muy útil y saludable.

La guerra que los impíos tienen declarada á las personas que profesan religion y piedad, no es de ahora : comenzó con el Cristianismo, y, lo que parece increíble, libró la primera batalla en la misma presencia de Jesucristo. Véase sino lo que sucedió á aquella ilustre señora de Jerusalem, llamada María Magdalena. Supo ella que el Salvador comia en casa de un ilustre fariseo llamado Simon, en compañía de otros muchos convidados ; y deseosa de darle un testimonio público de su

grande amor y piedad, se fué allá con un vaso de unguento precioso, y á la vista de toda la concurrencia lo vertió sobre su sagrada Persona. ¿ Y qué sucedió? Que al punto comenzaron algunos de los convidados á criticar desapiadadamente aquella accion, diciendo : *Ut quid perditio hæc* ¹? ¿ á qué viene ese desperdicio de un bálsamo tan precioso? — ¡ Ah! censores malignos, ¡ y qué maleado teneis el corazon! Esta misma señora, en el tiempo de sus locuras, gastó mas unguentos y pomadas que no se expenden en una perfumería, y todos callásteis : empleó en su cabello mas ámbares y drogas que no produce un bosque de la India, y todos lo aplaudísteis : gastó en vestidos, anillos y brazaletes mil veces mas de lo que vale el unguento que tanto os duele, y no tuvísteis una palabra de censura. Y porque ahora ha tratado de hacer este pequeño obsequio á Jesucristo, al instante salís diciendo, que esto es prodigalidad, que esto es despilfarrar el patrimonio : *Ut quid perditio hæc?*

No hay que admirarse de esto, dice san Pablo, porque lo propio sucederá á cuantos quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús : *Et omnes, qui piè volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur* ². Mientras un rico gaste su patrimonio en paseos, en diversiones y en vicios, será aplaudido de muchos : el dia que haga un pequeño desembolso á favor de alguna iglesia ú hospital, mil lenguas malignas le censurarán sin piedad : *Persecutionem patientur*. Mientras una doncella sea divertida, traviesa, y no tenga lo que hoy se llaman *preocupaciones*, no le faltarán obsequios, aplausos ni vítores : el dia que trate de darse á la virtud y frecuencia de Sacramentos, será murmurada y perseguida, no solo de los extraños, sino tal vez de sus propios padres y domésticos : *Persecutionem*

¹ Matth. xxvi, 8. — ² II Tim. iii, 12.

patientur. Mientras un jóven sea inmoral y libertino, pasará por jóven de talento, de buen gusto y fina educacion : el dia que arregle su conducta, dirán que es un ignorante, un estúpido, un salvaje : *Persecutionem patientur*.

¿Y por cuál razon los mundanos persiguen así á las personas buenas, ó que desean serlo? Por una razon que las honra sobremanera, y es, porque con su conducta cristiana y ejemplar los avergüenzan y los condenan. Es que es cosa insufrible tener continuamente á la vista muchos espejos, que tanto si se quiere como si no se quiere, hagan ver las propias manchas. Ser deshonesto, y ver á todas horas personas que se conservan puras y castas : ser libertino, y presenciar continuamente como otros practican con fervor los actos de religion : verse esclavo del vicio, y reparar que otros están adornados de virtudes, ¡ oh ! esto es molesto, esto es insoportable. ¿Qué recurso queda para desahogar un tanto el mal humor? No otro que censurar la conducta de los que lo ocasionan : decir, por ejemplo, que aquel hombre frecuenta los Sacramentos, no por piedad, sino por hipocresía ; que aquella mujer ha dejado el mundo, no por virtud, sino por verse despreciada ; que aquel jóven no gasta en vicios, no por templanza, sino por avaricia, etc. Ved ahí, almas buenas, el motivo real y la verdadera causa de la persecucion que sufrís de parte de los mundanos. Si fuéseis como ellos, os dice Jesucristo, os amarian y os ensalzarian hasta las nubes ; pero como no sois de su gremio, por esto os detestan y os persiguen : *Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat diligeret : quia verò de mundo non estis... propterea odit vos mundus* ¹.

Esto, repito, os es sumamente honroso, y deberia daros ánimo para sufrir los desprecios y críticas de los mundanos,

¹ Joan. xv, 19.

no solo con resignacion, sino hasta con un santo orgullo y alegría ; pero desgraciadamente muchos sois de un corazon tan pequeño, que, por no sufrirlos, dejais de hacer muchas obras buenas, y falta poco para avergonzaros hasta del nombre de cristianos. ¿Cuántos enmendaríais vuestra vida, y os convertiríais á Dios, si no os lo impidiesen las atenciones que quereis guardar con vuestros malos compañeros? ¿Cuántos frecuentaríais los Sacramentos, si no os detuviese el *qué dirá el mundo*? ¿Cuántos os hallais á veces en reuniones donde se tienen discursos contrarios á la Religion, á la honestidad ó á la fama del prójimo, y por no pasar por escrupulosos ó místicos, os estais callados sin osar decir : esta boca es mia? ¿Cuántos, en fin, habréis dejado la misa, mezclado en dias de ayuno, ido á lugares de perdicion, y hecho otras ofensas á Dios, solo porque no os llamasen fanáticos algunos perdidos, que os incitaban á aquellas cosas? Vino aquel compañero, jovencito, y te dijo : ¿Qué tanto ir á la iglesia? el dia de fiesta es para divertirse : vamos á tal casa. ¿Y tú? tú, porque no te llamase escrupuloso, respondiste : vamos. Vino aquella amiga, doncellita, y te dijo : ¿Aun no has rezado bastante, beata? Esta tarde quiero verte en el baile. ¿Y tú? tú, por no pasar por devota, contestaste : no haré falta.

Yo no comprendo, fieles, por qué habeis de ser tan complacientes con los mundanos. ¿Qué les debeis? ¿qué esperais de ellos? ¿qué os darán? ¿Acaso ellos son condescendientes con vosotros? ¿Dejan ellos de ser malos aunque vean que vosotros sois buenos? ¿Vienen ellos á la iglesia, frecuentan Sacramentos, aunque os lo vean hacer á vosotros? No, que en esto no os guardan la menor atencion. ¿Por qué, pues, habeis vosotros de guardársela á ellos? Que les complazcais en las cosas indiferentes, que os acomodeis á sus gustos en la parte que no son reprehensibles, está muy bien, y debeis hacerlo, no

solo por caridad, sino por política y buena educacion ; pero acomodaros á su gusto hasta en las cosas tocantes á la Religion ; y por no desairarlos, obrar contra las luces de vuestro entendimiento, contra los dictámenes de vuestra conciencia, y á veces hasta contra los deseos de vuestro corazon ; esto, fieles, si he de llamarlo por su propio nombre, diré que es cobardía, servilismo y bajeza.

Por lo que se ve, vosotros de ningun modo quisiérais chocar con la gente impía : quisiérais que os dejasen en paz, y aun que os aplaudiesen y alabasen ; pero si así fuese, ¿qué mérito tendríais en ser buenos? Suponed que la virtud, en vez de acarrearos desprecios y humillaciones, os granjease bendiciones y aplausos : en ésta suposicion ¿quién quedaria deudor, Dios á vosotros, ó vosotros á Dios? Es evidente que vosotros á Dios, pues que el servirle os resultaria ventajoso hasta bajo el punto de vista temporal y terreno. Cuando ahora Dios en cierto modo queda deudor á vosotros ; pues, por una obligacion que él mismo generosamente se ha impuesto, debe premiaros los servicios que le haceis, no por motivo de gloria mundana, sino por puro amor. Por esto os dice Jesucristo en el Evangelio : Cuando por causa de mi nombre los hombres os aborrecieren y ultrajaren, alegraos y llenaos de júbilo, porque en el dia de la cuenta recibiréis por ello una recompensa muy grande en el cielo : *Beati eritis cum vos oderint homines... gaudete, et exultate, ... ecce enim merces vestra multa est in caelo*¹.

En aquel dia, fieles mios, se trocarán los papeles : los desprecios y las irrisiones se cambiarán en obsequios y alabanzas ; y los mismos que al presente se mofan de vuestra virtud, serán admiradores de vuestra constancia. ¡Qué satisfac-

¹ Luc. vi, 22, 23.

cion la vuestra, cuando á la vista de todo el mundo reunido en juicio, estaréis, como dice el Sábio, con gran constancia contra todos los que os habrán deprimido y angustiado! *Stabunt justi in magna constantia adversus eos, qui se angustia-verunt*¹. ¡Ah! entonces estaréis contentos de haber sido escarnecidos y despreciados en este mundo ; porque en justo desagravio os aplaudirá Dios, os aplaudirán todos los elegidos, y os aplaudirán hasta esos mismos que al presente os insultan y escarnecen. Viendo ellos el cambio de vuestra suerte, siendo espectadores de vuestra exaltacion, dirán entre sí, llenos de desesperacion y angustia : *Nos insensati vitam illorum aestimabamus insaniam*² : nosotros necios teníamos la vida de estos por necedad y locura, nos reíamos de su fervor y devocion, y nos divertíamos á costa de su simplicidad. Mirad ahora, mirad como están colocados entre los hijos de Dios, y tienen parte en la dichosa suerte de los Santos : *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter Sanctos sors illorum est*³. Erramos, pues, sí, erramos en hacer burla de los que procedian mejor que nosotros : y en esto no lucimos por cierto el gran talento de que nos preciábamos : *Ergo erravimus... et sol intelligentiae non est ortus nobis*⁴.

Si esto no bastase, que deberia bastar, para haceros tolerable la persecucion que sufrís de parte de los mundanos, os haré otra reflexion, y es, que dicha persecucion os es útil y conveniente. Mientras los malos os traten con desden, estais menos expuestos á que sus doctrinas os seduzcan, sus máximas os perviertan, y sus malos ejemplos os arrastren ; que si os halagasen, sabe Dios lo que sucederia. Los hijos de Israel, cautivos en Babilonia, se mantuvieron fieles á Dios, y se acordaron de su amada Sion todo el tiempo que fueron tratados

¹ Sap. v, 1. — ² Ibid. 4. — ³ Ibid. 5. — ⁴ Ibid. 6.

con dureza : mas tan pronto como sus vencedores dejaron el rigor, y les dieron un trato amigable y cordial, comenzaron á aficionarse á sus costumbres, tomaron gusto á su idolatría, y acabaron por abandonar completamente al verdadero Dios. ¡Cuántos hay entre vosotros de una virtud tan débil, que si los mundanos os acariciasen, no sabríais resistir á sus halagos y caricias, y os pervertiríais enteramente!

Nunca olvideis, cristianos, lo que hoy os he dicho sobre la guerra que los malos hacen á los que profesan virtud y piedad, á saber, que esta guerra les es muy honrosa, muy meritoria, y muy conveniente. Honrosa, porque no tiene otro motivo que el verse los malos confundidos y condenados por su conducta cristiana y edificante : meritoria, porque Dios no podrá menos que recompensarles generosamente la fidelidad con que le sirven en medio de todas las dificultades que experimentan : conveniente, porque así se libran de los peligros de perversion en que podria ponerlos el trato amigable de sus perseguidores. No olvideis tampoco aquello que Jesucristo os dice en el Evangelio : Si el mundo os aborrece, sabed que primero me aborreció á mí : y si á mí, que soy vuestro maestro, me han perseguido los hombres, es natural os persigan á vosotros, que sois mis discípulos. No los temais empero : cualquiera cosa que os digan ó hagan, no os avergonceis de confesar mi nombre ; porque al que me confesare en presencia de los hombres, yo le reconoceré delante de mi Padre celestial. Amen.

DOMINGO UNDÉCIMO DESPUES
DE PENTECOSTES.

A la primera mirada que se da al evangelio de este dia, se presentan tres textos principales que se brindan á servir de tema para otros tantos puntos morales, que son : el abuso de la lengua, las ocasiones próximas, y el arte de santificarse con poco trabajo.

Para el primero sirven aquellas palabras : Solutum est vinculum linguæ ejus, et loquebatur rectè ; y se las comenta así : « ¡Cuán raro es, cristianos, encontrar personas á quienes se pueda aplicar en sentido moral lo que el presente evangelio « dice del mudo que curó Jesucristo, á saber, que hablaba bien ! « Loquebatur rectè. ¿ Dónde buscaréis una persona que tenga su « lengua tan ajustada, que no deslice en palabras inconvenientes ? ¿ La buscaréis en el mundo ? ¿ La buscaréis en el claustro ? ¿ La buscaréis entre la gente devota y espiritual ? Buscadla donde os agrade, responde el apóstol Santiago ; y doquiera que la encontréis, estad ciertos que os habeis encontrado con un justo, con un santo, con un dechado de perfeccion : « Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est vir ¹. Pero « sabed, añade el mismo Apóstol, que muy difícil ha de seros « encontrarla, por mas diligencias que hagais ; porque moderar la lengua en términos de que nunca se propase, cosa es « tan difícil, que puede ponerse en el número de las imposibles : Linguam autem nullus hominum domare potest ².

¹ Jac. III, 2. — ² Ibid. 8.